

Prólogo

Considero un honor haber sido elegida para escribir el prólogo a este libro de María José Binetti, una obra sin duda necesaria, necesaria para la Academia y necesaria para la política feminista actual partiendo de la diferencia sexual y el nuevo realismo.

Desde el inicio, Binetti propone una filosofía fuerte y decidida que desafía toda la glosa sociopolítica en que se ha convertido cierto pensamiento feminista, que anclado en una insuficiente aspiración a la igualdad, es incapaz de profundizar en la consistencia ontológica de ser mujer. En el frontispicio mismo de su Introducción, la autora propone nuevos caminos y métodos para dar un salto epistemológico diseñando una síntesis entre el giro realista, ontológico o especulativo del siglo XXI, y el feminismo de la diferencia sexual. No olvidemos que la posmodernidad había instaurado que la ontología era totalitaria y los estudios culturales, emancipatorios. La gran trampa era que el *género* se había convertido en el sustituto imaginario de la diferencia sexual con una gran autonomía constructivista y performática. Hoy todo es género hasta el punto de borrar el sexo y el sujeto político *mujer*.

El nuevo realismo feminista trata de ser una síntesis superadora de realismo y feminismo diferencialista, teniendo en cuenta que la diferencia sexual es una instancia ontológica originaria, radical y constitutiva. Es a través de las mujeres que podemos conceptualizar la existencia en general, su sentido y dinamismo, de modo que se pretende pensar a través de ellas lo real en cuanto tal como lugar originario de la existencia humana. La diferencia sexual, pues, es el nombre del nuevo realismo en los umbrales del siglo XXI.

Fueron las propias pensadoras feministas las que, paso a paso, han ido introduciendo el concepto de género como sustitutivo de sexo, que se convierte en identidad de género. Binetti hace este recorrido, intentando llegar al corazón de todas las falacias que desde el mundo *queer* se instalan en el corazón mismo del llamado posfeminismo. Una de las características fundamentales del pos-

modernismo es el nominalismo, para el cual no hay hechos, sino interpretaciones, discursos, palabras, siguiendo a Nietzsche. Fue la caída de los grandes relatos, según Lyotard, ya que la racionalidad es una colonización y la razón equivale al poder de dominación. La alternativa posmoderna a los grandes relatos modernos son los microrrelatos situados hasta hegemonizar el campo teórico del feminismo, en el cual la mujer es solo un producto cultural.

La posmodernidad cultural convierte al feminismo en un constructivismo radical derivado de la sex-pol freudomarxista de Wilhem Reich en los años 30, la *différance* posestructuralista y la teoría de género. Todo este bagaje pasado por el filtro de las universidades estadounidenses es lo que ha dado en llamarse la *French Theory* o construcción del género. Ese constructivismo se convirtió en la teoría central del nuevo pseudofeminismo. La teoría del género, insisto, se fue formando desde el propio feminismo. Joan Scott concibe el género como una forma primaria de relaciones significativas de poder que oprimen a las mujeres en relaciones desiguales e injustas. Más aún: «El género permitió eliminar la diferencia sexual de la política, lo cual es tenido por un avance feminista». Gayle Rubin instituye el sistema sexo-género transformando la sexualidad biológica en producto de la cultura; la sexualidad política comprende las prácticas sado, perversas, fetichistas o pedófilas, lo que explica parte del adoctrinamiento actual en centros de enseñanza o campamentos de verano. Para Teresa De Lauretis, el género es una representación y para Foucault es la capacidad performativa del mismo, o sea, es autoconstruido, independiente del sexo. No obstante, el paroxismo de la insensatez nos llega de la mano de Judith Butler cuando postula en *Cuerpos que importan* que «lo social actúa unilateralmente sobre lo natural y le imprime sus parámetros y sus significaciones». Así pues, «el género es la significación social que asume el sexo dentro de una cultura dada [...] ¿Qué queda pues del sexo, si es que queda algo, una vez que ha asumido su carácter social como género?». De aquí a considerar que las mujeres no existen, ni siquiera hay un paso: es lo mismo. ¿Qué sentido, pues, tendría el feminismo? La doctrina del género llevada hasta sus últimas consecuencias es el verdadero «caballo de Troya» de este movimiento, frente a lo que se levanta la potente voz de nuestra autora devolviendo a la realidad la esencia y la materialidad que comporta el ser mujer.

En semejante selva performativa, nuestra autora, María José Binetti, trata de salvar el sujeto político del feminismo, que no es otro que la mujer, las mujeres, ontológicamente consideradas. A partir de las mujeres podemos conceptualizar la existencia en general, su sentido y dinamismo. Se trata, pues, de

pensar a través de ellas lo real en cuanto tal, ya que es el lugar originario de la existencia.

La diferencia sexual es el nombre de un nuevo realismo cuyo tiempo ha llegado. Y espero que haya llegado para quedarse, ya que explica mucho más coherentemente la realidad de los sexos y del sujeto político del feminismo. En su afán por recuperar un feminismo sensato y fundamentado en un pensamiento original, Binetti instaura un principio que cambiaría todas las políticas actuales basadas en la simple diversidad, ya que desde el punto de vista realista, el reconocimiento jurídico de minorías no tendría por qué producir derechos particulares «de» minorías, sino aplicar los derechos humanos a toda persona en un marco de referencia objetivo y común. Es decir, que una persona de piel negra tiene derechos humanos, no por ser negra, sino por ser humana. Una lesbiana, no tiene derechos por su orientación sexual, sino por humana. Y, abundando en el tema, una persona trans no tiene derechos por trans, sino por persona. Es decir, que todos tenemos los mismos derechos humanos sin discriminación por supuestas características. Otra cosa es la aplicación de esos derechos, como propone Carol Gilligan en su ética del cuidado.

Con todo, el auténtico escollo que sostiene el edificio de una supuesta igualdad no diferencialista es la aseveración de Simone de Beauvoir cuando declara: «La mujer se afirma y diferencia en relación con el hombre (varón) y no este en relación con ella; esta es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, Él es lo Absoluto: Ella es el Otro». La diferencia aquí constituye una relación de sumisión y supeditación de la mujer respecto del varón, que, si bien en el patriarcado son ciertas, cabría considerarla como denuncia de un Absoluto impuesto y una alteridad insignificante. Al mismo tiempo, este absoluto podemos considerarlo como el Uno hegeliano en la cúspide del Espíritu, de la metafísica de Occidente. Como bien consideraba Koyève, la interpretación de Hegel marcaría los tiempos futuros del pensamiento: «Es posible que el porvenir del mundo y, en consecuencia, el sentido del presente y la significación del pasado, en el fondo dependan de la manera en que hoy se interpretan los escritos hegelianos». Y esos escritos apuntan al Uno como culminación de todas las síntesis y final del camino.

Binetti hace una de las interpretaciones actuales más interesantes y aperturistas de este dilema polifacético que se nos presenta en el panorama filosófico. Como fondo de este panorama, el giro lingüístico, al afirmar que «si la realidad no se adecúa a la lógica, tanto peor para la realidad», impone una lógica que deriva hacia un relativismo absoluto, cuyos extremos plantean una serie de alternativas constitutiva de la actual crisis civilizatoria: civilización/barbarie,

humanismo/neotribalismo identitario; eros/tánatos, ontología realista/nominalismo social; feminismo/ideología queer, dilemas a los que hay que añadir feminismo de la diferencia/feminismo de la igualdad, tal vez la primera crisis teórica con la que se enfrentó el movimiento feminista como trasunto de un feminismo marxista y un feminismo cultural. Para llevar a cabo el primero, Butler, ha sustituido la explotación económica por las diversas opresiones sufridas por los diferentes grupos marginales o identitarios, mientras que Binetti ahonda en el giro que sustituye el Sujeto Universal del Uno por un viraje hacia el Sujeto Universal del Dos, pensamiento inaugural de Luce Irigaray. En este quiebre se fundamenta todo el feminismo de la diferencia. Mujer/hombre no son ya reflejo de la primera respecto al segundo, no. Son sujetos ambos en una alteridad radical. Ya no hay un Absoluto y un Otro, según la interpretación que hace Beauvoir de Hegel.

El feminismo de Binetti transita hacia un nuevo humanismo. Ella entiende la dualidad de los sexos como una interrelación cooperativa entre ellos sin la necesaria confrontación de los antagonismos que Chantal Mouffe considera constitutivos de las sociedades humanas. Un antagonismo que siempre se da entre proyectos hegemónicos opuestos, irreconciliables racionalmente. Junto con Ernesto Laclau, Mouffe postula que las luchas van más allá de la confrontación entre clases y se integran, más bien, entre los movimientos sociales, especialmente el feminismo. La confrontación no tiene porqué derivar en una tiranía, como lo sería para Hobbes, sino en una democracia liberal y radical. Para Mouffe, las categorías de sexo o género no deberían ocupar el escenario del análisis feminista, sino desterrarlas como carentes de sentido, porque el sujeto no constituye una identidad fija, sino que está vinculado a una serie de posiciones de sujeto, de donde deriva la interseccionalidad que ha irrumpido en el feminismo para que entre todas estas «posiciones de sujeto» (sexo, raza, clase social, nacionalidad, edad, etc.) sumen el famoso 99 %, movimiento liderado por Nancy Frazer.

La polémica es contra la identidad, sobre todo de «mujeres», de modo que la diferencia sexual tampoco tenga sentido, sino la vinculación de las posiciones de sujeto que se identifiquen con determinados operadores éticopolíticos. Las feministas no pueden estar vinculadas por su identidad esencial —que Mouffe considera un esencialismo— ni por su diferencia sexual. Por lo tanto, no tiene sentido la lucha de las mujeres en tanto que mujeres, sino la unión con diferentes movimientos.

Las reflexiones de Mouffe y de Laclau creo que provienen de un posmarxismo que conserva una cancha de juego histórica, pero sin futbolistas, y aho-

ra quiere continuar el partido con jugadores de diversos deportes para seguir liderando el deporte rey con sus antagonismos televisados de cada domingo.

Afirmando que la ontología no era más que una razón instrumental supremacista y disciplinaria, pasó a ser algo rechazable epistemológica y políticamente considerada. De este planteamiento se derivó que la «esencia mujer», objetivo a batir de la cultura *woke*, no era más que una representación normativa y estereotipada, pasando a ser un significante vacío que nos llevaba a afirmar con Lacan que «la mujer no existe» ni, por tanto, encarna el sujeto político del feminismo, que es lo que Binetti quiere salvar y reivindicar.

Sin embargo, el sexo biológico existe, que el socioconstructivismo sustituyó por el género y que Butler, en los años 90, define como una ficción reguladora que se impone al nacer con el nombre dado, de donde se infiere que al cambiar de nombre se cambia de género porque no hay nada esencial en su origen, sino una performatividad discursiva. Esto permite afirmar que «una mujer trans es una mujer» y «un varón trans es un varón» solo por un registro nominal, el colmo del nominalismo (*flatus vocis*). Dicho planteamiento confirma que el enemigo a destruir por el posfeminismo es el feminismo de la diferencia, única corriente teórica que nos puede liberar de la posmodernidad vulgar y la moda queer.

Binetti se atreve a polemizar con el antiesencialismo posmoderno, lo que podría suponer un desprestigio para la Academia queer, y lo califica de insolencia intelectual ya que confunde la esencia ontológica con la representación general de propiedades óptica de tipo sociocultural, en definitiva, interpretaciones y simulacros sin original y sin copia hasta el punto de sustituir la ontología y la gnoseología por una sociología y epistemología social multiculturalistas y atomizadoras. Añadiría a esto que la propia ciencia naufraga ante este acercamiento ficcional a la realidad. Por el contrario, la corriente del nuevo realismo que la autora defiende está en parte liderada por Markus Gabriel, Slavoj Žižek y Catherine Malabou, sin olvidar el *Manifiesto del nuevo realismo* de Maurizio Ferraris.

Sin embargo, el giro más arriesgado que realiza Binetti es afirmar que la esencia procede del ser; por consiguiente, no existe en sí ni por sí, sino que es el resultado de su movimiento diferencial, es decir, aquel que desfonda la simple identidad y la insta a un movimiento reflexivo que la habilita a ser otra: dar a luz lo posible, de aquí que la negatividad de la esencia proyecta la energía liberadora de lo real. O, como afirma Malabou, «la esencia significa la transformabilidad de los seres, nunca su estabilidad sustancial», puesto que la sustancia es aquello que existe de manera simplemente idéntica y que constituye

así la realidad fundamental de las cosas: seres individuales, objetos o elementos naturales. La sustancia cierra, la esencia abre. La manifestación de la esencia es lo que llamamos existencia, que, según Gabriel, constituye el aparecer en un campo de sentido. La unidad de ambas instancias es la «realidad».

Con el nuevo realismo se acabaron las ficciones jurídicas por las cuales lo que no admitimos en otros campos, sí se admite cuando un hombre asegura sentirse mujer. Por ejemplo, si yo voy a la Administración y le digo que soy pobre, pero me siento rica, no van a engrosar mi cuenta corriente para afirmar mi delirio. Sin embargo, semejante *boutade* se admite cuando un hombre autocertifica sentirse mujer.

Con el feminismo de la diferencia se cierra el círculo por el que ni Él es lo Absoluto ni ella lo Otro supeditado. Por el contrario, se abre una espiral por el cual Ella –mujer– es también devenir mujer. No que cualquier «otro» pueda asimilarse a ser mujer por imperativo de un «motor inmóvil» externo (el Estado) que transmuta la esencia-mujer en un género, lo que nos llevaría a una neutralización de los sexos y, por tanto, a una deshumanización de la especie, con la consecuente reificación de estereotipos sexistas.

La segunda parte de *El segundo sexo* se abre con una frase que ha sido en extremo polémica: «No se nace mujer, se llega a serlo» (Beauvoir), suponiendo un dualismo excluyente entre ser y devenir. Con el feminismo de la diferencia de Irigaray, el pensamiento feminista se hace ontología, ser se hace devenir y la diferencia, una categoría constitutiva radical: Sí se nace mujer. Somos cuerpos sexuados. Esa es la realidad y el camino hacia un realismo necesario tras la fragmentación, dispersión y absoluta arbitrariedad del sujeto. El en-sí (significante) y el para-sí (significado) enmarcados ambos en un campo de sentido.

Comprendo que para el común de los lectores resulte mucho más fácil el pensamiento de la igualdad que el de la diferencia, pero de seguir el primer camino, el feminismo tendrá que renunciar a ser filosofía y restringirse a un relato sociopolítico circunstancial. Peor aún si toma el camino del género y de la interseccionalidad de agentes diversos, ya que esta dirección nos lleva ineludiblemente al borrado de las mujeres de la historia.

Motivos suficientes tenemos para reflexionar sobre la propuesta de Binetti que, siguiendo a Irigaray, conceptualiza la diferencia ontológica a la luz de la diferencia sexual femenina como sujeto absoluto y autónomo, como realidad y como arquetipo, ya que la diferencia sexual femenina es potencia de lo nuevo y fuerza activa de creación. La mujer es la mediación universal de la existencia humana. Todos, incluso los más poderosos, somos nacidos de mujer, una

categoría soberana en la especie humana que en el patriarcado no ha sido reconocida. No así durante los milenios preindoeuropeos, que investigaciones arqueológicas como las de Marija Gimbutas han demostrado y expuesto científicamente. Solo el feminismo de la diferencia ha tratado de develar y restituir su sentido, cuando la divinidad era femenina y las mujeres organizaban y regían los pueblos y comunidades, por mucho que la Academia trate de negar un posible matriarcado inmemorial. Cuando se habla de empoderamiento, no hay otra motivación más profunda que la recuperación de aquella realidad.

Otro tema de controversia que Binetti trata de dilucidar es la dualidad naturaleza-cultura, resuelta por el realismo en la continuidad, acción recíproca y unidad biopsicosocial. Inteligencia y cultura surgen de la naturaleza y esta no es una *tabula rasa*. En este campo también la diferencia sexual tiene algo que decir, no para deslindar los sexos en un dualismo al estilo pitagórico, que es como entendió el feminismo igualitario la diferencia. Una diferencia que se muestra, sobre todo en el cerebro, en su plasticidad y diversidad, en el que las específicas hormonas, por ejemplo, influyen en gran medida.

En una conferencia en la que mencioné el tema, escuché voces de ¡hereje! Sin embargo, las propias autoridades en biología han obligado a los laboratorios a experimentar con animales, no solo machos, como hasta ahora, sino también hembras, las cuales tienen otros modos de enfermar y de sanar, lo que nos tendría que llevar a exigir en todas las facultades de Medicina una especialidad sobre «medicina de la mujer». En los cerebros de las mujeres, por ejemplo, el cuerpo calloso es de mucho más volumen que el de los varones y, por tanto, hay mayor conexión entre ambos hemisferios. Y no digamos el «cerebro materno», que pone en funcionamiento para la reproducción y crianza una serie de hormonas que ningún hombre en un pretendido maternaje social podría producir. ¿Cómo un acto jurídico podría cambiar la biología, la naturaleza, el sexo? Se trata de una ficción jurídica.

Además, el dimorfismo sexual no se realiza solamente en la dimensión física, sino también en la psicológica. Es decir, que el alma (psique) también es sexuada, erótica, lo cual se expresa en el mito de Eros y Psique. O, como afirma Binetti, desentrañando las raíces del psicoanálisis, la concepción de un sujeto autodiferencial progresivo, que nace del en-sí sustancial, sentir inmediato e inconsciente, y se eleva al para-sí de la autoconciencia espiritual por la fuerza generadora de Eros.

Por más que Binetti explique muy prolijamente el significado de la maternidad en la reproducción desde todos los puntos de vista, tampoco olvida la posición del lesbianismo como una posibilidad creadora de la sexualidad de la

mujer. Para ello cita a Andrea Dworkin: «ser lesbiana es el recuerdo del útero, cuando éramos uno con nuestras madres, hasta el nacimiento cuando fuimos separadas». Y considera que las relaciones heterosexuales son secundarias respecto a la homosexualidad primera y original. Esta afirmación desmiente la conjetura de que Binetti es una apologista de la maternidad. En absoluto. Lo único y magnífico que ha hecho es seguir las palabras con las que Luce Irigaray abre su obra *Ética de la diferencia sexual*:

La diferencia sexual representa una de las cuestiones o la cuestión que debe pensarse en nuestra época. Cada época –según Heidegger– debe pensar una cosa. Solamente una. Probablemente la diferencia sexual sea la que corresponde a nuestro tiempo. ¿La cuestión de nuestro tiempo que, si fuera pensada, nos traería la «salvación»?

Nuestra época, he aquí la clave. Y nuestra época es la de un posmodernismo pop que impregnando determinados movimientos de izquierdas termina haciendo política global total-capitalista, y cuyas características fundamentales son: un escepticismo radical, la difuminación de los límites, el poder del lenguaje, el relativismo cultural y la pérdida de lo individual y lo universal, todo ello dirigido hacia un poshumanismo realmente letal.

Por todo ello, su aportación es definitiva en este momento político y cultural que solo puede ser combatido desde un diferencialismo realista y feminista. La crítica posmoderna rechaza tanto la visión del individuo como de la humanidad, y solo le da valor a pequeños grupos identitarios locales como productores de conocimiento, valores y discursos, los cuales, de hecho, han transformado la sociedad en un mundo del simulacro, como ya anunciaba Jean Baudrillard con aquella alegoría de Borges sobre los mapas y el territorio cuando «Colegios de Cartógrafos levantaron un mapa del Imperio que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él». Ya no distinguimos entre el mapa construido de la Academia y lo real de la vida, de la ciencia y de la política, hasta el punto de que los cartógrafos nos han conducido a la confusión de lo que ha dado en llamarse cultura *woke*.

El término *woke* surgió dentro de la comunidad negra de los Estados Unidos de América y significaba «estar alerta o despierto ante la injusticia racial». Retomó nuevas fuerzas con el movimiento *Black lives matter* mientras se extendía hacia otros movimientos reivindicativos. Esos que estaban alerta son los *woke*, es decir, los despiertos, los portadores de la verdad y ejecutores de la «política de la cancelación», procurando la muerte psíquica y académica de

aquellos que se opusieran a su verdad. Esta práctica orwelliana es la que ha tenido que sufrir Binetti. Y esta obra que prologo es su gran respuesta epocal ante semejantes despropósitos.

Un tema clave en su polémica lo constituyen los *Principios de Yogyakarta* de 2007 ante el Consejo de los Derechos Humanos de Naciones Unidas relativos a los derechos LGTBIQ2S+. Dichos *Principios* no fueron votados más que por los interesados, sin embargo, se está imponiendo en muchos Estados como derecho positivo, consiguiendo el mayor genocidio simbólico de la historia con lo que ha dado en llamarse «el borrado de las mujeres». Estas leyes aplicadas evitan los términos de mujer y madre, sustituidos por «persona gestante» y otros equivalentes, y convierten la lucha feminista en una victoria queer, como ha sucedido en la reciente Ley del Aborto de Argentina, como constata la propia Binetti en uno de sus artículos, «Lo que la prensa dijo: Argentina, el primer país en legalizar el aborto sin “mujeres”».

Lo que más me intriga de este movimiento es la afirmación de Helen Pluckrose y James Lindsay: «Según esta visión, si alguien no es una víctima perpetua, está cooperando con los poderes del mal». Así como la acusación de quietismo de Martha Nussbaum contra Judith Butler, porque en la cultura del victimismo, el estatus deriva de ser tenido por víctima y así obtener el apoyo de terceras partes.

Nuestra época, tan repleta de posverdad, de guerras, de perversiones y de hipersexualismo necesita voces como la de María José Binetti que puedan ser debatidas en la Academia y en la calle, voces de mujeres valientes que nos devuelvan a la realidad de la vida y de nuestra identidad. Casualmente, recibí ayer una tarjeta postal desde Roma que representa el secuestro de Perséfone (Proserpina) por parte de Hades (Plutón) de Bernini en la Galería Borghese. Esta magnífica escultura expresa la mayor tragedia de nuestra historia, porque Perséfone fue raptada y llevada a los infiernos y obligada a casarse con Hades, que, además del mito, representa la realidad de los secuestros y violaciones de mujeres, y masacre de hombres durante las invasiones patriarcales. Estas invasiones liquidaron el existente matriarcalismo, como lo documenta Gimbutas, introdujeron el intercambio de mujeres e instituyeron el matrimonio patriarcal o contrato sexual que desarrolla Carole Pateman: «El contrato social presupone el contrato sexual y la libertad civil presupone el derecho patriarcal». Los *Himnos homéricos* continúan la historia con la búsqueda por toda la Tierra de Deméter, la Madre, quien, presionando a Zeus, consigue que su hija vuelva con Ella durante seis meses del año.

El más importante mito occidental no ha conmocionado al feminismo como debería, sin embargo, me remito para terminar a las palabras finales de este libro: «Hacer filosofía desde ese campo abierto de sentidos que es la realidad, ha sido la propuesta de estas páginas, con la convicción de que la diferencia sexual femenina es hoy la cuestión del realismo, el *Zeitgeist* de una época que definirá nuestro rostro humano». Se trata de que el universal-mujer tenga cabida en esta nueva cosmovisión, que la identidad femenina no sea una suma de interseccionalidades sociales y menos un género, sino un sujeto libre, tampoco un espejismo masculino en una desigualdad espuria o bastarda, sino un sujeto político con su propia genealogía, que, como hijas de una Madre guardiana de la libertad, seamos rescatadas de la barbarie patriarcal para crear y recrear nuestra propia cultura y nuestra identidad personal. Nada humano nos es ajeno, lejos de ese poshumanismo que nos amenaza con los infiernos del simulacro y nos engaña con el relativismo de la posverdad. Solo la verdad nos hará libres. Solo la realidad puede instalarnos en el corazón mismo de la vida.

Victoria Sendón de León
Ronda, Málaga
26 de febrero de 2026

Introducción

Este es un libro de filosofía, convencido de que las ideas hacen la historia y en esa historia se refleja el rostro humano, para su reconocimiento o espanto. Lo propio de una idea filosófica es la pretensión de ultimidad y universalidad. La filosofía es discurso inaugural y final, en cuyo medio la existencia comprende sus condiciones de posibilidad y realización. En una época hegemonizada por el relato socioconstructivista, vencida por el escepticismo relativista y entregada a ideologías posverdad, restituir la instancia filosófica es una cuestión de dignidad intelectual.

Este es un libro de filosofía realista, que supone la existencia de criterios objetivos y universales de verdad, libertad y justicia. Verdad, libertad y justicia, esos trascendentales de la acción propiamente humana, han sido vaciados de sentido. Transitamos tiempos oscuros que abdicaron de la verdad para multiplicar simulacros y ficciones imaginarias, con la inevitable consecuencia de una disolución subjetivista indetenible. Del nominalismo identitario no se sale multiplicando significantes vacíos y afectos ciegos. Es necesario saltar a lo real para comprender entonces que siempre estuvimos allí pese a los desesperados intentos de desmentida. En la licuación posmoderna de todo referente objetivo, la restitución del realismo filosófico es una cuestión de supervivencia.

Este es también un libro de filosofía feminista, convencido de que la realidad de las mujeres constituye una reserva de sentido y valor capaz de desactivar los efectos deshumanizantes del constructivismo posgenerista y transhumano. Se trata, en concreto, de un feminismo de la diferencia sexual entendiendo por tal la diferencia radical, esencial y constitutiva de las mujeres en cuanto que tales, la que convirtió al feminismo en un realismo ontológico. En virtud de esa diferencia, el pensamiento feminista dejó de ser una simple corriente socio política o cultural para alcanzar el sentido ontológico y ontosexual del pensamiento. Fue entonces cuando la voz de las mujeres trascendió

<https://dx.doi.org/10.5209/hei.009.01>

Nuevo realismo feminista. María J. Binetti. © Ediciones Complutense, 2026.

el simple reclamo político en un mundo masculino para animarse a decir desde sí mismas la realidad en su conjunto.

La propuesta de un *Nuevo realismo feminista* es un intento de síntesis de lo que se ha dado en llamar el giro realista, ontológico o especulativo del siglo XXI y el feminismo de la diferencia sexual. Creemos que la acción recíproca entre realismo y feminismo, feminismo y realismo es mutuamente potenciadora. Un *Nuevo realismo feminista* es una ontología posposmoderna y posposfeminista.

La oscuridad espiritual del tiempo presente, escenificada por surrealistas *performances* de emancipación imaginaria, acusa la agonía del paradigma posmoderno por autolicuación. La era posmoderna había emprendido la tarea de una progresiva desrealización y desontologización del pensamiento bajo la falsa premisa de que la ontología era un constructo social totalitario, imperalista y colonial. Se asumió entonces que la ficción nos haría libres y así se instaló la narrativa cultural y literaria en lugar de la filosofía, los modelos epistemológicos en el lugar del conocimiento real, superestructuras culturales y estructuras económicas en lugar de creación humana espiritual. El axioma de que todo es reducible a construcciones discursivas y normas sociales fue la trampa que encerró a la posmodernidad en su propia ficción autoinstituida. Cosas, cuerpos, sexos, géneros, subjetividades, hijos, deseos, fantasías, ideas, etc., todo resultó ser el producto de una maquinaria económica que determina existencia humana. La conclusión final, que cae por su propio peso constructivista, es la de una posmodernidad producto de ocultos poderes estructurales e incapaz de emanciparnos de aquello que la mueve. Los microrrelatos que prometían liberarnos eran otros títeres del mismo aparato estructural.

El feminismo o posfeminismo *mainstream* se ha revelado también títere del *establishment*. Su malentendido inicial fue suponer que una teoría social desontologizada, que reduce a las mujeres a constructos discursivos y ficciones reguladoras, lograría la emancipación en virtud de novedosas construcciones, tan arbitrarias como las precedentes. Sociologismo, relativismo y subjetivismos sin sujeto convirtieron al pensamiento feminista, primero, en un posfeminismo nominalista para el cual «mujer» es el *flatus vocis* de representaciones generales abstractas. Segundo, en un transfeminismo para el cual «mujer» representa el contenido imaginado por cualquier sujeto discursivo que se enuncie tal. El resultado está a la vista: la cultura se liberó «de» las mujeres y prolifera en feminidades imaginarias basadas en los constructos hegemónicos que se suponía debía eliminar. Este pos/transfeminismo, también llamado ideología *queer*

o, de ordinario, *woke* o *wokismo*, constituye hoy el manual ideológico de los aparatos económicos y políticos globalizados.

Si en algún tiempo remoto el feminismo supo luchar por erradicar los estereotipos culturales que oprimían a las mujeres y las condenaban al ostracismo social y político, el transfeminismo lucha hoy por proteger esos estereotipos femeninos y masculinos a título de profunda identificación de género. Si la propuesta supo ser la igualdad sustantiva entre varones y mujeres, el posfeminismo ha descubierto que la igualdad sustantiva es un metarrelato imperialista, colonial y eurocéntrico, y que varones y mujeres son una ficción social basada en una discriminatoria y estigmatizante heteronorma binaria. La propuesta es ahora multiplicar micronarrativas moleculares, flujos afectivos y modos de habitar todos diversos, pero formalmente iguales.

Casualmente, o no, las ficciones, relatos y *performances* posmodernas gravitan de manera casi compulsiva en torno a una misma diferencia sexual. Solo y exclusivamente respecto de la diferencia sexual vale que la autocertificación de percepciones imaginarias supla por el sexo legal y deba ser tomada como sujeto de derechos y protecciones de orden público. Ninguna otra autocertificación perceptiva de clase, raza, nacionalidad, edad, filiación, lugar de nacimiento, ocupación, condición de discapacidad, etc. suple por su correspondiente estado legal. Solo y exclusivamente la diferencia sexual, mejor dicho, solo el sustituto genérico-imaginario de esa diferencia hiperrealiza la voluntad posmoderna de que ser es ser percibido –*esse est percipi*–. La ficción de culto que le permitió al posfeminismo sustituir la diferencia sexual por un constructo social imaginario se llama «género», el operador cultural del sexo reproductivo. Puesto en el lugar de la diferencia sexual, el género fue avanzando en autonomía hasta convertirse en el constructor de todas las cosas: mujeres, varones, cuerpos, sexos, sexualidades, subjetividades, deseos, vestimentas, fantasías, modales, poses, identificaciones e identidades, etc.

El género pasó de ser una categoría descriptiva y analítica de las ciencias sociales a ser el significante maestro, autoinstituyente y constructor del mundo humano. Esta evolución cultural del género tiene una historia conceptual que comienza con el marxismo, en rigor, con la teoría marxista de la ideología y el postulado de que la cultura es el efecto superestructural de relaciones económico-materiales de producción, o bien, en el caso del sexo, de reproducción. El género es la adaptación feminista del clásico esquema marxista: estructura económico-material / superestructura histórico-cultural; relaciones de producción y reproducción / clases sociales. Ni la posmodernidad ni el postranfeminismo de los géneros abandonaron jamás los supuestos economicistas de este

materialismo histórico y su derivado socioconstructivista, del cual depende la lógica de la existencia humana, también de las mujeres.

Hoy el género son los géneros de todo tipo. Hay géneros cis, trans, bio, tecno, post, ciber, xeno, alien, etc. Géneros femeninos, masculinos, andróginos, binarios, no binarios, queer, neutros, inespecificados, indefinidos, pangenéricos, multi, metro, demi, poli, supra, infra, metagéneros++. Las infinitas posibilidades genéricas construyen escalas de menor a mayor masculinidad o feminidad entre cuyos extremos hay indecibles espectralidades imaginables. Cada sujeto puede masculinizarse, feminizarse, androgenizarse, neutralizarse, etc., a voluntad y por grados, con ayuda de los recursos xenocibernéticos a vuelta de mercado. La ingeniería posgenérica y transgenerista avanza a pasos indetenibles. De las mujeres solo queda el anacrónico recuerdo de haber sido y habitado el mundo de una manera normativa, excluyente y estigmatizante de las minorías alogénicas.

Parvus error in principio magnus est in fine. Décadas de surrealismo posverdad nos han dejado de vuelta en manos de los mismos aparatos de producción que, según la teoría marxista de la ideología, construyen la lógica humana, también la posmoderna. Muchos coinciden, en especial los nuevos realismos, que la posmodernidad agoniza por hipertrofia. En su desierto, crece lo que salva.

Un realismo feminista afronta hoy el desafío de deconstruir la deconstrucción y sus constructos, reponer las grandes categorías ontológicas del pensamiento y reelaborarlas a la luz de la diferencia sexual. Tal es el objetivo de este libro, que intentará una síntesis superadora de realismo y feminismo. Del primero, porque un realismo sin feminismo desconoce el origen concreto de la existencia. Del segundo, porque un feminismo sin ontología realista termina por negar a las mujeres. La lección de una teoría política sin ontología ya la aprendimos.

A lo largo de la historia de la filosofía, el realismo se ha dicho de muchas maneras. Hay realismos empíricos, ónticos, científicos, morales, epistemológicos, ingenuos, críticos, etc. El realismo que suscribimos aquí constituye una concepción ontológica y especulativa que se distingue tanto de los viejos realismos metafísicos y sustancialistas como de los viejos antirrealismos socioconstructivistas, igualmente metafísicos. En comparación con el realismo metafísico, suponemos una conceptualización no sustancialista, deflacionaria, dinámica y relacional de la realidad; en comparación con la metafísica constructivista, suponemos la objetividad y universalidad de lo real, irreducible al sujeto imaginario. Dicho por la positiva, concebiremos una realidad no una y

no toda, desfundada, negada y mediada por una diferencia absoluta. Lo haremos en continuidad con el idealismo absoluto, en especial hegeliano, retomado de una u otra manera por algunos autores neorrealistas.

La determinación feminista de un realismo tal reside en el lugar de diferencia sexual como instancia ontológica originaria y radical. Que la diferencia ontosexual sea constitutiva de todo diferir y devenir es el primer principio del feminismo de la diferencia. Este principio sintetiza dos grandes ideas especulativas. Por un lado, la concepción romántico-idealista de una diferencia no dualista, autodiferencial y creadora de la identidad; por el otro, la conceptualización dinámica de ese diferir en términos de energía sexual, Eros, fuerza vital primordial. La síntesis feminista de ambas ideas encuentra en la mujer el origen y arquetipo de esa diferencia esencial que da nacimiento a la existencia. Para un realismo feminista, desde el origen es una diferencia en continua generación. La razón de un realismo tal es esencialmente erótica.

No es el objetivo de estas páginas discutir sobre el *factum* óntico «de» las mujeres, sus cualidades empíricas, las propiedades más o menos generales y accidentales que las afectan, o bien sobre lo que cada una perciba ser en su insondable intimidad particular. Cualquiera de estas discusiones «de» las mujeres, supone que hay una realidad «de» la mujer. Asumimos ese *factum* óntico de que hay mujeres como una verdad evidente, objetiva y universal, en el mismo sentido en que damos por hecho la existencia de los varones, el sol, el agua, los números, el acto de pensar, el color rojo o la muerte. Y suponemos, además, que el hecho de que la mujer exista no es ontológicamente irrelevante ni indiferente a la existencia en general. Bajo tal supuesto, nuestro objetivo consiste en derivar las implicaciones ontológicas de aquel *factum*, entendiendo que la diferencia sexual hace sentido universal. Nuestro objetivo no es por lo tanto analizar ónticamente a las mujeres, sino pensar a través de su existencia fáctica la realidad en cuanto que tal, el lugar del origen, su dinamismo conceptual y conceptual.

Podríamos hablar de este realismo feminista como una arqueología ontosexual abocada a exhumar las marcas de un origen sepultado por siglos de falo-logo-centrismo, como diría Luce Irigaray. La conceptualización de la diferencia sexual contiene una teoría integral de la sexualidad femenina que es clave para la comprensión de la unidad biopsicosocial y espiritual de la persona humana. Esa teoría explica, por la negativa, que la ingeniería social transgenerista constituya un capítulo central del proyecto transhumanista y poshumano. Una ontología de la diferencia sexual le responderá al ensamblaje de partes y moléculas xenogénicas con la organicidad dinámica del animal

espiritual, sexuado y sexual. Una perspectiva integral de la sexualidad contiene las variables de referencia para medir las distorsiones que el constructivismo sociologista ha introducido en la política sociocultural y hasta en el régimen internacional de los derechos humanos de las mujeres, hoy en ostensible retroceso. Un nuevo realismo constituye, en este sentido, un humanismo feminista.

El presente libro se compone de tres capítulos. El primer capítulo es una crítica realista deconstructiva del socioconstructivismo posmoderno en versión queer. Entendemos por teorías queer aquella ideología para la cual la diferencia sexual es una ficción normativa, discriminatoria y estigmatizante, que debe ser sustituida por las múltiples posibilidades de los géneros identitarios. El segundo capítulo trata del giro especulativo del siglo *xxi* y los primeros principios del realismo ontológico que elaboraremos aquí, en continuidad con el idealismo absoluto y algunos autores de inspiración hegeliana tales como Markus Gabriel, Slavoj Žižek o Catherine Malabou. El tercer capítulo intenta una arqueología de la diferencia ontosexual femenina que exhume las marcas de su erótica primordial y libere su potencia de transformación. Soy en este punto simplemente deudora de la genealogía trazada por Luce Irigaray y el círculo italiano de Diotima.

Ha sido un lugar común del nominalismo posfeminista y sus derivas imaginarias caricaturizar al feminismo de la diferencia como una suerte de anacrónico sustancialismo ginecocéntrico, ya superado por el nomadismo antiesencialista de todos los géneros. Mostraremos en estas páginas que la desontologización de la realidad en general y de la diferencia sexual en particular nos han hundido en proceso de retribalización identitaria que busca fundar el orden común en ficciones privadas. La diferencia sexual es el nombre de un nuevo realismo especulativo cuyo tiempo ha llegado. En ese diferir, el feminismo está llamado a reconocerse como autoconciencia de su tiempo, reserva de sentido, potencia de generación.